



UNA VERDADERA COOPERACION EN EL MEDITERRANEO

Emilio MENÉNDEZ DEL VALLE

Me planteo escribir sobre el Mediterráneo, sobre cooperación y conflicto en el *Mare nostrum*. Obviamente, preferiría escribir tan sólo de cooperación, pero temo que el conflicto prevalece sobre aquella y no estoy seguro de que pueda referirme al Mediterráneo como *Mare nostrum*. Tampoco estoy convencido de que el conflicto deje paso a la cooperación a medio plazo. Desde luego, no lo hará a corto.

La cooperación es difícil y fácil el conflicto. Hace tiempo que las visiones románticas y cautivadoras del Mediterráneo son incapaces de ocultar una versión más áspera y lamentablemente real. Así, el magrebí Sami

Nair habla de «las líneas divisorias que cruzan el Mediterráneo», al tiempo que escribe que «esta percepción de división es reforzada por las noticias de los ataques contra los inmigrantes, las medidas contra la inmigración y las políticas que

*Sea o no una frontera,
el Mediterráneo
es una zona de crisis
y una zona en crisis.*

favorecen la hegemonía» (1). Por su parte, el argelino Abdelwahab Biad recuerda a Ferdinand Braudel, quien definió el mar que nos ocupa como «una encrucijada abierta a influencias e intercambios (...) pero también afectada por la tensión y el conflicto» (2). Mientras que el tunecino Khalifa Chater se lamenta de que el Mediterráneo se ha convertido en un muro de Berlín, en una frontera muy difícil de cruzar (3). También los europeos lo hacen. El croata Predrag Matvejevic se refiere a él como «un mar rodeado y desgarrado por tres creencias religiosas» (4). Es sin embargo, el italiano Roberto Aliboni quien lo pinta más crudamente: «El Mediterráneo no es un *centro* naturalmente destinado a generar solidaridad, sino más bien una *frontera* que separa mundos que están cultural, económica y políticamente muy distantes— el judeo-cristiano y el islámico, el desarrollado y el subdesarrollado, el democrático y el autoritario. Como indicó Braudel, el Mediterráneo es también una encrucijada, abierta a influencias e intercam-

(1) W. Weindenfeld, J. J. Janning, S. Behrendt, *Transformation in the Middle East and North Africa*, Bertelsman Foundation Publishers, Gütersloh, 1997, pág. 74.

(2) *Op. cit.*, pág. 41.

(3) *Op. cit.*, pág. 65.

(4) Predrag Matvejevic, «El Mediterráneo sigue separando a Europa», *El País*, 16-7-1996.

bios, y, por ello, a la cooperación y a la seguridad, pero también al conflicto y a las tensiones. Se trata, no obstante, de una encrucijada que aún divide partes diferentes del Mediterráneo. Ello significa que la cooperación y la seguridad son posibles, pero no se pueden dar por supuestas. Requieren un esfuerzo de la voluntad y una atención específica» (5).

Constituya o no una frontera, el Mediterráneo es una zona de crisis y una zona en crisis. Dado que es imposible aislar al Mediterráneo de su inmediata área circundante, es posible identificar situaciones de conflicto actual o potencial en: Balcanes, Argelia, Sáhara/Marruecos, Libia, Palestina/Israel, Líbano, Turquía (turcos contra kurdos, Estado contra islamistas), Arabia Saudí contra Yemen, Yemen (conflicto civil), Eritrea contra Yemen (islas Hanish), Etiopía contra Eritrea, Somalia contra Eritrea, Egipto contra Sudán, Caucaso (naciones de lengua turca), Azerbaiyán contra Armenia (Nagorno-Karabaj), Tayikistán, Chechenia. La lista se hace casi interminable. Factores etno-nacionalistas potencialmente incendiarios aparecen por doquier y contribuyen a aumentar una muy extendida sensación de inseguridad. El fundamentalismo islámico se halla presente en casi todo el arco descrito y una potencia con serias dificultades internas como Rusia (lo que la hace inestable y peligrosa) podría llegar a confrontarse con Turquía y/o Irán y tal vez volver a implicarse en Afganistán.

Todo ello no puede sino preocupar a los Estados del Mediterráneo oriental, dado que el riesgo de contagio geográfico-ideológico (islamismo) podría lle-

(5) Roberto Aliboni, *European security across the Mediterranean*, Institute for Security Studies, Western European Union, París, 1991, pág. 1.

gar a ser elevado si la eclosión de alguna o algunas de las tensiones en el amplio espectro mencionado coincidiera con un levantamiento en Oriente Próximo por el fracaso del proceso israelo-palestino-árabe.

En todo caso y ciñéndonos al Mediterráneo, un conflicto —el palestino-israelí— y un fenómeno de nuestro tiempo, imponente, de naturaleza ideológicamente incendiaria —el islamismo— son de especial relevancia. El primero —que podríamos denominar *conflicto de conflictos*— neutraliza, bloquea o incluso cancela importantes ensayos para poner en marcha sistemas de cooperación que facilitan, si no la resolución definitiva, sí al menos la entrada en vías de solución de otros conflictos o de las causas generadoras de los mismos.

El segundo —el fundamentalismo islámico— está en auge en algunas zonas de nuestro mar, entre otras razones, por el bloqueo del ya, con poca precisión, denominado proceso de paz en Oriente Próximo. Uno y otro, si bien de distinta manera, impactan en la vida individual y colectiva, económica, social y política de millones de personas. Ambos inciden significativamente en las relaciones internacionales de toda la región y de las regiones vecinas, que no pueden sustraerse a conflictos y fenómenos de tan dramático contenido.

Son suficientemente conocidos los efectos desgarradores que en el tejido social y político del Mediterráneo provocan las acciones violentas del fundamentalismo islámico. Ríos de tinta sobre ríos de sangre. Se escribe y se habla tanto sobre el particular que doy por supuesto un conocimiento básico del asunto. Ya que hablamos de saber, no está mal recordar que el Corán impulsa la sed de conocimiento. El Islam es la

La intolerancia no es rasgo principal del Islam, y el islamismo es una desviación del primero.

religión de la pluma, no sólo de la espada. Es significativo que en la primera revelación que recibió, Mahoma haga referencia a ello.

Hacia el año 610, el arcángel Gabriel habla al Profeta en el Monte Hira, en las estribaciones de La Meca: «Recita en el nombre de tu Señor (...)! Recita! Tu Señor es el Munífico, que ha enseñado el uso del cálamo». Corán, 96. La sura 68 (en español titulada «el cálamo», esto es, la pluma) toma su título de una referencia a la pluma (*galam*), símbolo de la enseñanza divina a la humanidad. Para los musulmanes, el Corán es el logro supremo de la pluma divina y la sed de saber es impulsada por los *hadiz*, los dichos o tradiciones del Profeta, posteriores a la Revolución: «Buscad el conocimiento incluso en China», dice uno de ellos. No es el momento de ampliar esta cuestión. Bastará recordar ahora que la intolerancia no es rasgo principal del Islam y que el islamismo constituye una desviación del primero.

Es, sin embargo, un hecho que el integrismo está presente en todas las sociedades del Magreb y del Mashreq. De Argelia a Egipto, de Sudán a Palestina. Es generador local de conflicto y generador internacional de conflictos y de preocupaciones. Inquieta y agobia, según los casos y en medida diversa, a los gobiernos, opinión pública e intelectuales de Occidente. A Bernard Lewis, reputado arabista de Princeton (que em-

***El integrismo islámico
ha demostrado suficientemente
su capacidad de revulsivo
de las sociedades nacionales.***

pezó a hablar del conflicto de civilizaciones antes de Huntington), al parecer le agobia: «Debemos tener claro que nos enfrentamos a un modo de ser y a un movimiento que, con mucho, sobrepasa la naturaleza de los asuntos de gobierno y políticas diversas. Estamos nada menos que ante un choque de civilizaciones, ante la —quizá irracional, pero con todo seguridad, histórica— reacción de un antiguo rival contra nuestra herencia judeocristiana, nuestro presente laico y la expansión mundial de ambos» (6).

A Rada Ivekovic, profesora de Filosofía en Belgrado, le provoca una reacción contraria: «¿Y si aquello que hemos definido como fundamentalismo no fuese sino otro de nuestros fantasmas, producto de una mente atormentada por las emanaciones del propio imaginario? ¿Y si se tratase sólo de nuestra necesidad de darnos un enemigo constituyéndonos en identidad distinta? El fundamentalismo es, sin duda alguna, proyectado en Occidente hacia el mundo musulmán, ese Otro que estamos construyendo en especial desde la caída del comunismo» (7).

(6) Bernard Lewis, «The roots of Muslim rage», *Atlantic Monthly*, Washington, septiembre 1990.

(7) Rada Ivekovic, «Il fondamentalismo fondatore», *Parolechiave*, Roma, diciembre 1993.

Ni Princeton ni Belgrado. Sin duda hay en Lewis una mente atormentada, aunque Ivekovic no se refiera a él. Pero independientemente de las causas socio-políticas que lo sustentan, hay que decir a la profesora Ivekovic que determinadas barbaridades islamistas no son imaginarias.

El integrismo islámico ha demostrado suficientemente su capacidad de revulsivo de las sociedades nacionales y la de generar conflicto a nivel regional e internacional. Si bien no existe aún una Internacional del Islam político como estructura transnacional organizada (una especie de *Comislam*, a imitación del histórico Comintern comunista) se persiste en el intento. Aunque, por ahora, probablemente no se puede clasificar al islamismo como movimiento político internacional con objetivos definidos y estrategia articulada, es algo a no excluir en el futuro. A pesar de la frustración y de la aparente resignación de las sociedades árabes ante el cúmulo de problemas que padecen, parece aún existir un significativo potencial de capacidad de respuesta transnacional que podría ser activado por nuevos dirigentes que articularan con éxito los ideales y aspiraciones de la comunidad árabe. El factor islámico puede ser un detonante. Si un movimiento de acentuado carácter islámico provocara una brecha en un Estado árabe clave, podría tener repercusiones sustanciales en otros Estados.

El fundamentalismo proviene de situaciones sociales, históricas y culturales en que ni el racionalismo, ni la ciencia, ni la tecnología y no ya el consumismo, sino a menudo ni siquiera el simple consumo están presentes. En cualquier caso, la miseria socioeconómica se convierte en el detonante que —al explotar el sinfín de agravios indi-

viduales y colectivos, políticos y sociales que conculcan la propia identidad—sitúa al fundamentalismo en primer plano.

Ausencia de democracia

Ocurre todo esto (pesadilla provocadora de conflicto nacional e internacional) en un contexto caracterizado por la ausencia de democracia. Es importante resaltar que las distintas poblaciones musulmanas no han conocido prácticamente nunca el sistema democrático. No se trata de que el fundamentalismo haya asaltado y derribado regímenes democráticos. Donde ha triunfado y gobierna (Irán, Sudán, Afganistán), nunca antes hubo democracia.

Por eso, Gilles Kepel piensa que «existen escasas oportunidades de que, en las sociedades profundamente injustas del mundo musulmán contemporáneo, surja una alternativa democrática capaz de hacer frente a los crecientes éxitos de los islamistas. Si se considera que la principal perspectiva para la mayoría de los jóvenes es el desempleo, la *yihad*, esto es, la guerra santa, resulta más atractiva que las libertades públicas» (8). Por otra parte, se podría añadir: ¿qué prestigio, fiabilidad, atracción puede tener el concepto democracia entre los súbditos, más que ciudadanos, musulmanes cuando, habiendo conseguido el FIS el gobierno a través de ella, es enviado a los infiernos?

Castigo de Alá para los contados gobernantes musulmanes demócratas: invocar hoy en día la democracia frente

(8) Gilles Kepel, *La revancha de Dios. Cristianos, judíos y musulmanes a la reconquista del mundo*, Anaya, Madrid, 1991.

a las tesis islamistas —en un ambiente de pobreza generalizada— equivale casi a clamar en el desierto. Hasan Turabi, el intelectual-guía fundamentalista sudanés, está convencido de que el islamismo barrerá el Norte de Africa. El francés Michel Fourcher opina que el éxito del integrismo es ineludible porque el mundo occidental se está cerrando para los países pobres. Hay que dar respuestas inmediatas, dice.

Desarrollo económico, justicia social. Términos de intercambio internacionales no despiadados para el Tercer Mundo en general y para los pueblos mediterráneos en particular. Economía eficiente en el interior y competitiva en el exterior y unas élites que no hagan de la corrupción norma general de comportamiento, podrían impulsar en el mundo surmediterráneo un proceso que utilizara un tipo diferente de Islam como fuerza de modernización y prosperidad. Y es aquí donde reaparece, cual pesada espada de Damocles, el gran conflicto mediterráneo, el de Oriente Próximo, que se da allí, pero que afecta aquí también.

Desde el final de la guerra fría Occidente ha lanzado dos grandes proyectos de cooperación para el Mediterráneo y Oriente Próximo. El más importante es la Conferencia Euro-Mediterránea, nacida en Barcelona en 1995 y, como es sabido, auspiciada por la Unión Europea. El otro es el pro-

***Invocar hoy en día
la democracia frente
a las tesis islamistas
es clamar en el desierto.***

yecto MENA (Middle East and North Africa Conference), surgido en Casablanca en 1993 y que tuvo su reunión más brillante y esperanzadora (a pesar de los recelos y malos augurios, desgraciadamente luego concretados) en Amán, en octubre de 1995. Copatrocinada por Estados Unidos, Rusia, Unión Europea, Japón y Canadá y con la asistencia de los países árabes e Israel, se benefició de la ola de optimismo nacida de los acuerdos de Madrid y Oslo sobre Oriente Próximo. El asesinato del primer ministro israelí Rabin al mes siguiente y la victoria electoral en mayo de 1996 del Likud de Netanyahu, dieron al traste con MENA, que hoy está prácticamente muerta.

La conferencia Euro-Mediterránea de Barcelona

Sin duda, es esta conferencia —discutible y criticable en alguno de sus aspectos, pero que supuso un buen paso adelante en la política mediterránea de la Unión Europea— la que más se ha visto afectada por el *conflicto de conflictos*, el palestino-árabe-israelí. Un buen procedimiento para probar la tesis de que la cooperación euromediterránea está siendo afectada (y lo será en el futuro) por *el conflicto de conflictos* es analizar la II Conferencia Euromediterránea, celebrada en Malta en abril de 1997.

***El conflicto árabe-israelí
gravita pesadamente
sobre todos los intentos de
cooperación en el Mediterráneo***

El proceso de cooperación mediterránea nacido en Barcelona y el proceso de paz lanzado por Madrid y Oslo para Oriente Próximo son formalmente independientes. El primero está propiciado por la Unión Europea y el segundo protagonizado por Estados Unidos. El proceso de paz (que hoy no lo es tanto) no tiene cabida, formalmente, en la Conferencia Euro-mediterránea. Sin embargo, no hay más que echar un vistazo a los titulares de los periódicos de aquellos días para comprobar que el conflicto árabe-israelí contaminó e incluso vació de contenido las sesiones de La Valeta. En lugar de ocuparse preferentemente del objetivo supuestamente fundamental de la reunión, esto es, la cooperación euromediterránea, la prensa resaltó lo que los organizadores y participantes en la misma trataron como tema número uno (aunque éste no estuviera incluido en la agenda), es decir el conflicto árabe-israelí.

Como muestra, he aquí los titulares del diario *El País* durante esos días: «La participación europea en la paz de Oriente Próximo es inevitable» (entrevista a Manuel Marín, vicepresidente comunitario, 14-4-1997); «La Unión Europea intenta demostrar su capacidad mediadora entre israelíes y palestinos» (15-4-97); «Esfuerzo titánico de la Unión Europea para forzar una reunión entre Arafat y Levy» (16-4-97); «La reunión Levy-Arafat en Malta ayuda a romper la incomunicación entre palestinos e israelíes» (17-4-97).

Diez días antes de la reunión de Malta, Marín estaba contento: «El foro euromediterráneo ha quedado consagrado como el único escenario multilateral en que Israel y los países árabes participan y dialogan» (*El País*, 5-4-97). Sin embargo, el desarrollo de la

conferencia el 15 y 16 de abril siguientes no daba pie para mucho optimismo. Por un lado, primó lo político sobre lo económico-social, el conflicto sobre la cooperación. Invitando informalmente a Malta a Yassir Arafat y al entonces ministro israelí de Exteriores, David Levy, la Unión Europea pretendía, en efecto, romper la incomunicación entre palestinos e israelíes, pero durante los casi dos años siguientes la incomunicación ha sido prácticamente total.

El mismo día en que Marín manifestaba su optimismo, Clinton dudaba sobre presionar o no a Netanyahu para que paralizara la construcción de un barrio judío en el Jerusalén árabe. Por aquel entonces, la prensa norteamericana escribía que el presidente estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para encarrilar el tambaleante proceso de paz y que su equipo trabajaba intensamente explorando lo que Clinton denominaba «pensamiento creativo». Casi dos años después, Netanyahu seguía construyendo asentamientos y barrios en tierras árabes y Clinton seguía pensando, ignoro si creativamente. En cualquier caso, el pensamiento (¿único?) no se traducía en acción y la única superpotencia no ha dejado de hacer el ridículo.

Pero volvamos a Malta. La II Conferencia Euromediterránea fue conflictiva y de frutos escasos. No sólo gravitó permanentemente sobre ella el *conflicto de conflictos*, sino que a lo largo de las sesiones los ministros árabes expresaron su malestar a propósito de temas específicos del espíritu de Barcelona, como por ejemplo, la necesidad de que se les permita aumentar sus exportaciones agrícolas a Europa o la exigencia de sustituir deuda por inversión.

La Segunda Conferencia Euromediterránea acabó sin consenso sobre una Declaración final.

Malta: Ni Declaración final, ni Carta de Estabilidad

Sin embargo, la manifestación más clamorosa de la situación conflictiva que vive el Mediterráneo consistió en que no hubo en Malta Declaración final. Buen ejemplo de la repercusión regional-internacional de un conflicto-rey como es el de Oriente Próximo. Para desesperación de la Comisión Europea, que había preparado durante meses tal Declaración.

El entonces presidente de turno de la Unión Europea, el ministro de Asuntos Exteriores holandés Van Mierlo, haciendo gala de un fino sentido del humor, declaró a los periodistas: «La conferencia ha sido un éxito, siempre que no la valoren ustedes en términos de comunicado final» (9). El ministro añadió que no había sido posible redactar el texto «a causa de problemas políticos sobre la medida en que debía quedar reflejada la situación del proceso de paz en Oriente Próximo».

El hecho es que durante toda la conferencia, el bloque árabe había insistido en la necesidad de incluir un párrafo que supusiera una condena de la política de hechos consumados israelí, a lo que se opusieron israelíes y europeos. Todo ello repercutió a su vez en un tema es-

(9) *El País*, 17-4-1997.

*Una filosofía de la paz
en Oriente Próximo
atenuaría la crudeza
de los conflictos mediterráneos.*

pecífico clave de la conferencia: la adopción de una lista de posibles medidas de confianza para la zona, a incorporar a una potencial Carta de Paz y Estabilidad en el Mediterráneo. (*El País*, 17-4-97). Casi dos años después, continuamos esperando el relanzamiento del llamado proceso de paz, más bloqueado que entonces e igualmente a la espera de un consenso sobre la Carta de Paz y Estabilidad. La III Conferencia Euro-mediterránea deberá celebrarse en Stuttgart en abril de 1999. Si para entonces se ha vuelto a una filosofía de la paz en Oriente Próximo, se podrá avanzar en la cooperación y subsiguientemente tal vez atenuar la crudeza de algunos conflictos mediterráneos. De momento, las espadas —y no sólo la de Damocles— continúan en alto. Las propias Unión Europea y Comisión Europea lo reconocen.

En abril de 1998 Marín declaraba que depende de los gobiernos surmediterráneos elaborar políticas que atraigan capital. En concreto, dijo que el éxito de la iniciativa euromediterránea nacida en Barcelona en 1995 dependía de la habilidad de los países concernidos para atraer capitales a la región, algo que hasta ahora, dijo, ha sido insatisfactorio. Por otro lado, después de Malta se han cancelado varias reuniones del proceso euromediterráneo debido a que diversos Estados árabes han rechazado sentarse a la mesa con Israel. Y además, países como Marruecos y Túnez, que han fir-

mado acuerdos de asociación con Europa, han manifestado que los fondos comunitarios destinados al Mediterráneo son pocos si se los comparan con el sacrificio que los Estados del Sur han de llevar a cabo al eliminar las propias tarifas aduaneras.

Un cónclave euromediterráneo aún más reciente continúa poniendo en evidencia la carga sobre la cooperación que el irresuelto conflicto palestino-israelí supone. Me refiero a la reunión *ad hoc* de los ministros de Asuntos Exteriores de la Conferencia Euromediterránea (del norte y del sur del Mediterráneo) celebrada en Palermo el 3 y 4 de junio de 1998. En el comunicado final leído por el ministro británico, Robin Cook, en cuanto presidente comunitario de turno, se observa, en su punto 5º, lo siguiente: «Nuestras discusiones en Palermo han reflejado una profundización de la preocupación expresada en La Valeta a propósito de los obstáculos que bloquean el proceso de paz y en particular la no aplicación hasta la fecha de lo previsto en el Acuerdo interino israelo-palestino» (10).

Es asimismo muy significativo que los ministros europeos sigan sin ponerse de acuerdo con sus colegas del sur del Mediterráneo en el tema de la Carta de Paz y Estabilidad. La aspiración a crear tal instrumento se enmarca en el capítulo político y de seguridad propio de la Conferencia Euromediterránea y la dificultad conceptual y cultural para pactar puntos comunes viene, en mi opinión, agravada por el *conflicto de conflictos*.

(10) «Ad Hoc Euro-Mediterranean ministerial meeting, Palermo 3-4 June. Concluding statement by Robin Cook, UK Presidency», *Euromed Synopsis*, Bruselas, 4-6-1998.

De cualquier manera, el punto 6 del comunicado palermitano reza: «Constatamos que el trabajo ha proseguido en los temas sustanciales, incluido el concepto de estabilidad global y la necesidad de desarrollar percepciones comunes a propósito de los factores que contribuyen a ella. Ello debe contribuir al desarrollo de una Carta para la Paz y la Estabilidad tal como se previó en Barcelona».

Seguimos a la espera de la Carta y es posible constatar que actualmente no hay percepciones comunes sobre los factores y componentes de la paz y de la estabilidad. No habrá —insisto— acuerdo ni entendimiento, ni modo de establecer una cooperación sólida respecto a estos temas mientras no se zanje el proceso político de Oriente Próximo.

No podemos, además pasar por alto que algunas razones del disenso son de índole cultural y societal, lo que hace difícil —aunque no imposible— desarrollar «percepciones comunes». Razones de esa naturaleza pueden entretenerse al leer en el punto 17 del comunicado de Palermo: «Asimismo hemos acogido con satisfacción la nueva iniciativa para proponer un mejor entendimiento de las raíces de la violencia en nuestra sociedad». Más propio sería decir «en nuestras sociedades». Cabe preguntarse si es posible lograr un entendimiento sobre las raíces de la violencia sin previas percepciones comunes. Tal vez ello podría conseguirse siguiendo la fórmula sugerida por el profesor sirio Bassam Tibi, educado en Alemania y EE.UU. Consistiría en buscar plataformas comunes a base de conceptos jurídicos culturalmente diferenciados que lleven a la adopción de un consenso jurídico internacional. Se trataría de lograr «una plataforma cultural de la sociedad internacional que no sufriría un proceso

***La inmensa injusticia social
que predomina en los países
árabes propicia sin duda
el fundamentalismo islámico.***

imitador de occidentalización, impuesto por una cultura europea y que sería capaz de contener y mantener la riqueza de la diversidad cultural» (11).

Conclusión

Me he referido al islamismo y a la situación en Oriente Próximo como fuentes de conflicto. Uno y otro obstaculizan la cooperación en lo que esperamos que algún día sea verdaderamente el mar de todos nosotros. Respecto a Oriente Próximo y tras tanto tiempo de bloqueo y marcha atrás a cargo del fundamentalismo judío, no cabe otra solución que la sustitución democrática de Netanyahu por un gobernante ilustrado y sensato o una verdadera presión conjunta por parte de Estados Unidos y Europa que le obligue a ceder en sus posiciones de intransigencia e intolerancia. respecto al integrismo islámico, únicamente profundas reformas sociales, económicas y políticas en los países musulmanes facilitarán la progresiva atenuación, hasta su casi total eliminación, de la inmensa injusticia social que predomina en la mayoría de los Estados de la región y que —aun no siendo la única causa del islamismo— es sin duda factor propiciatorio. Simultáneamente, una reforma política real puede permitir

(11) Bassam Tibi, *Islam and the cultural accommodation of social change*, Westview, Boulder, Colorado, 1991.

la inclusión de los fundamentalistas en el sistema político. La *integración del integrismo* y el abandono de la violencia por su parte conduciría gradualmente a un contexto político que a su vez haría avanzar la reforma socio-económica.

De una u otra manera, el islamismo militante y el pseudo-proceso de paz en Oriente Próximo (aun cuando volvieran a reanudarse de inmediato las negociaciones israelo-palestinas, la confianza tardaría mucho tiempo en reaparecer) son factores generadores de conflicto internacional ante los que las sociedades mediterráneas no pueden permanecer indiferentes.

Depende de todos los pueblos y gobiernos de ambas orillas del Mediterráneo el que, aunando voluntades y esfuerzos, seamos capaces de eliminar las causas que impiden el progreso. A Europa, gigante económico, hay que agradecer su aportación en este área. Sin embargo, su incidencia política es insuficiente. Debemos impulsar esta faceta. En el Mediterráneo sur muchas volunta-

des se han movilizad, si bien no las suficientes. Debemos, no obstante, ser optimistas. Desearía concluir con las palabras de una magrebí militante, Fátima Mernissi, quien escribe: «El mundo árabe va a despegar. No es una profecía, es una intuición de mujer y Dios sabe, El que todo lo conoce, que raramente suele ser equivocada. Va a despegar por la sencilla razón de que todo el mundo, con los integristas a la cabeza, quiere el cambio. ¿Qué puede suceder a los árabes peor de lo que ya les ha pasado? El Occidente entero con toda su tecnología arrojando bombas sobre nosotros. No puede suceder nada peor. Era el colmo del horror. Y cuando se traspasa el horror —todos los que han pasado por graves depresiones lo saben— se sale liberado del miedo. No es que te deshagas de él, pero lo dominas. En ese sentido, pienso que el mundo árabe, paralizado por todos los miedos, por fin ha tenido la ocasión de traspasarlos todos y regresar. Vacilante quizá, pero con la firme convicción de que dar el arriesgado salto hacia lo desconocido sigue siendo lo menos peligroso que nos puede suceder» (12).

(12) Fátima Mernissi, *El miedo a la modernidad. Islam y democracia*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Guadarrama, Madrid, 1992.